

JOSE DE JESUS MARTINEZ

ENEMIGOS

(PIEZA EN DOS ACTOS)

HOMENAJE A DON ENRIQUE RUIZ VERNACCI

Personajes: TRES HOMBRES.

Lugar del suceso: MEXICO.

Durante la Revolución.

PRIMER ACTO

Piedra y vegetal. A unos veinticinco metros de la carretera, a donde se va por una especie de cañón que forman dos piedras muy grandes. Esta salida natural es la única que hay. Todo lo demás está sitiado por la selva. Es una especie de isla. Tarde en la tarde. La poca luz que queda se va recogiendo poco a poco para seguir el mismo camino del sol, que ya se ha puesto. Anochecerá durante el transcurso de la primera parte del primer acto.

(Llega un hombre sudoroso, cansado. Ha estado corriendo. Mira hacia atrás y sonríe. Se sienta sobre una piedra, de espaldas al sitio por donde entró, y se acaricia la cara. Poco a poco comienza a brotar ese estrato de su persona que la guerra recubrió de barro y odio. Sonríe otra vez. Esta vez es una sonrisa de vencedor ante los que creen en la docilidad del alma humana. Se quita las pesadas botas y se soba los pies con cariño. Los ve. También para ellos tiene una callada sonrisa. Una sonrisa de agradecimiento. Les da unos golpecitos como para felicitarlos y se los vuelve a acariciar, como si fueran perros fieles. Estando en esto, comienza a recordar y, sin dejar de acariciarse los pies, echa para atrás la cabeza y tararea una canción lejana. Es como si estuviera siguiendo, imitando lo que en su memoria escucha. De pronto, desde algún sitio inesperado, salta otro recuerdo más urgente e inmediato. Interrumpe la canción y cambia de cara. Vuelve otra vez a ver por donde entró y se calza las botas. En ello está cuando por el mismo sitio entra otro hombre. El hombre primero no lo ve por estar de espaldas. El hombre segundo desenfunda inmediatamente su pistola, pero al darse cuenta de que no ha sido visto siente de pronto unas ganas de huir, de salir corriendo. Tembloroso, comienza a retroceder, pero el primer paso que da hacia la huida tropieza con una rama seca cuyo crujido lo delata. El hombre primero se inmoviliza en su gesto de estar amarrándose los cordones de las botas. No se atreve a mirar hacia atrás. El hombre segundo está encañonándolo. Le tiembla la mano. Pero no se mueve, no dice nada. Todavía tiene la esperanza de que de alguna forma no se haya dado cuenta de su presencia. Al fin, el hombre primero se resuelve a volver la cabeza poco a poco. Es entonces cuando el segundo le grita)

HOMBRE SEGUNDO.—¡No se mueva! (El hombre primero alza los brazos)

HOMBRE PRIMERO.—Un momento. No dispare. (Empieza de nuevo a volver la cabeza)

SEGUNDO.—¡No se mueva! ¡No me mire! Levántese. (Primero le obedece) Suba más las manos. ¡Más! En el momento en que se vuelva le suelto plomo. Le estoy apuntando a la cabeza. Ya lo sabe. (Ha ido retrocediendo hasta salir)

(Pausa. El hombre primero, que esperaba la muerte con alguna entereza al principio, comienza a temblar y a fruncir el entrecejo)

PRIMERO.—¡Dispara! ¡Dispara rápido!

(El hombre segundo vuelve a entrar, con los brazos en alto. Inmediatamente después entra un tercer hombre, de típico porte ranchero, encañonando con su rifle a Segundo)

HOMBRE TERCERO.—(A Primero) Creo que le he salvado la vida, ¿eh amigo? (Primero se vuelve) Téngalo, mátelo usted. Le pertenece. (Primero desenfunda y encañona a Segundo)

PRIMERO.—Por eso no querías que te viera, ¿verdad? No tienes cara de asesino.

TERCERO.—Es un cobarde. Estaba temblando como una hoja cuando me lo encontré. Y yéndose para atrás, porque éste es de los que no pueden matar de cerca.

SEGUNDO.—(Ve las dos armas que lo amenazan) Me parece que no estoy temblando ahora.

PRIMERO.—Es más fácil morir que matar, ¿verdad?

SEGUNDO.—Acaben de una vez.

PRIMERO.—Esperar. Eso es lo peor.

SEGUNDO.—Acaba de una vez.

TERCERO.—Tire, amigo, tire.

PRIMERO.—Me salvaste la vida. Quizás debemos salvarla también a éste. (Transición) ¿Por qué...?

TERCERO.—¿Por qué, qué?

PRIMERO.—¿Por qué me salvaste la vida?

TERCERO.—Pasaba. Vi a éste. (Gesto de ¿quién sabe?)

PRIMERO.—Mientras sucedan cosas así, que un desconocido ayude a otro..., mientras sucedan cosas así, todavía hay remedio. (A Segundo) ¿Comprendes?

TERCERO.—No sea tonto. Mátelo. El lo iba a matar a usted. Tire.

PRIMERO.—(A Segundo) ¿De qué bando eres?

SEGUNDO.—Me van a matar, ¿para qué andan con rodeos? (Transición) Espera. Pensemos. Si ustedes dos no son amigos, si no se han visto antes, tampoco saben a qué bando pertenecen. Ni saben a qué bando pertenezco yo. (A Primero) Quizás tú y yo seamos del mismo bando, ¿eh? Nos podríamos cargar a éste. Dos contra uno. Es fácil. (A Tercero) O tú y yo, encargarnos de que se vaya éste a los infiernos. De cualquier bando que yo sea, soy del mismo del de uno de ustedes.

PRIMERO.—Más te valiera rezar que quererte salir con las tuyas. Si hay alguien a quien odio es a la gente como tú que embrolla las cosas pensando. (Prensa el gatillo) Reza.

SEGUNDO.—No creo que haya necesidad. No vas a disparar.

PRIMERO.—(A Tercero) ¿De qué bando es usted, compañero?

TERCERO.—(Lo encañona) No. Usted a mí primero. ¿A qué lado pertenece, al federal o al revolucionario?

SEGUNDO.—Eso. Que te lo diga él primero, porque en el momento de decírselo tú, si no eres de su mismo bando, antes de que termines te llenará la barriga de plomo caliente. (Comienza a bajar las manos)

TERCERO.—No baje las manos. Este y yo seguramente somos del mismo bando.

SEGUNDO.—Bueno. Pregúntaselo.

(Primero y Tercero se miran, luego se encañonan mutuamente)

SEGUNDO.—No quiere. Dile tú.

(Lo mismo. Segundo ríe un poco y baja las manos. Encañona con su pistola a los dos, los dos lo encañonan a él rápidamente, y él, riéndose, enfunda la pistola, probando con ese gesto que todos están con las manos atadas)

SEGUNDO.—Aquí la solución de cada uno es matar a los otros dos. Pero en el momento de matar a uno, el otro lo mataría a él. (A Tercero) Usted, con ese rifle, es el que está en peores condiciones. Porque ese no será uno de esos rifles modernos que tiran un tiro detrás de otro. (Lo ve) No. Antes de poner la otra bala ya tendría una en la cabeza. Otra solución es la de averiguar a qué bando pertenecemos, porque dos de nosotros necesariamente hemos de ser del mismo bando. Basta que estos dos sepan quiénes son para liquidarse al que queda. Yo y tú, o yo y tú. O tú y tú, claro. ¿Cómo hacemos para saberlo? ¿Quién es el primero que se atreve a decir a qué bando pertenece? Esto nos pasa por no llevar uniforme. Los “dorados” de Pancho Villa, esos sí que... (Primero y Tercero lo han encañonado)

TERCERO.—¿Qué ibas a decir de los “dorados” de Villa?

SEGUNDO.—Iba a decir que esos sí llevan uniformes. Y los del ejército regular federal. Nada más, ni en pro ni en contra.

PRIMERO.—¿Y si te matamos, nosotros dos?

SEGUNDO.—A lo mejor soy de tu bando.

PRIMERO.—Pero, ¿y si te mato, de todas maneras, como me pensabas matar tú, y éste y yo nos vamos cada cual por su lado?

SEGUNDO.—En el momento de darse la vuelta uno, el otro lo mataría. Vivo yo, soy un posible aliado de cualquiera de los dos.

PRIMERO.—(A Tercero) Te debo la vida. ¿Confías en mí?

TERCERO.—(Pausa) No. (Pausa) Matamos a éste, luego tú te das vuelta y te vas. Te he salvado la vida. ¿Confías en mí?

PRIMERO.—(Le duele, pero) No. Conozco ese veneno de “patriotismo” que nos inyectan.

SEGUNDO.—¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Tú has tenido la culpa. Te íbamos a perdonar cuando comenzaste a hablar, a razonar. Ahora serás el que primero caiga.

SEGUNDO.—Lo veremos.

PRIMERO.—Cuando no se piensa, se sale uno del camino y se le salva la vida a otro. Se perdona al que momentos antes nos iba a matar, pero se piensa, se embrolla, y mira: No nos podemos mover. (Enfunda su pistola. Tercero continúa con su rifle preparado. Es el que más desconfía) ¡Hay una solución! Vámonos todos, cada uno por su lado, sin decirnos nada.

SEGUNDO.—¿Por dónde te irías tú, querido, una vez en la carretera, por la izquierda o por la derecha?

PRIMERO.—Sin salir a la carretera. Aquí mismo.

SEGUNDO.—Es lo mismo. ¿Qué lado cogerías tú?

PRIMERO.—Cualquiera. Lo echaríamos a suerte.

SEGUNDO.—Nos toca el lado contrario y tenemos que dar la vuelta a medio camino, si no queremos caer en mitad del campamento enemigo, y nos volveríamos a encontrar, pero entonces ya dos contra uno, y cualquiera puede ser ese uno.

PRIMERO.—Pronto se hará oscuro completamente. No nos veríamos.

SEGUNDO.—De noche es peor. Cazarnos en la oscuridad. (Sonríe cínico) Aquí estoy más tranquilo. Por lo menos sabré el momento en que voy a morir. (Idea) Nos podríamos marchar, con cierto intervalo de tiempo...

PRIMERO.—¡Sí, eso es!

SEGUNDO.—Pero no, porque sólo bastaría que el primero se escondiera, viera qué dirección coge el segundo para aliarse con él o con el que queda.

PRIMERO.—¡Otra vez estás razonando! Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO.—¡Cómo quieres salvar la vida!

PRIMERO.—No es la vida lo que quiero salvar. Es más. Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO.—Bueno. Sí. (A Tercero) ¿Tú crees en esos juramentos?

TERCERO.—No.

PRIMERO.—¡Hay que hacer algo!

TERCERO.—Al que primero quiera irse de aquí le pego un tiro.

SEGUNDO.—No asusta a nadie, jefe. Usted es el que está en peores condiciones, con ese rifle.

TERCERO.—Puedo disparar y volver a cargarlo antes de que tú cuentes hasta uno.

SEGUNDO.—(Cínico) ¿Sí? Pruebe.

(Tercero está encañonando a Segundo. Vuelve a ver a Primero. Primero está con la mano presta a desenfundar)

SEGUNDO.—Estamos en una trampa. (A Tercero) Tú debiste haber previsto todo esto y esperar a que yo matara a éste y tomara mi camino, y entonces matarme a mí o venirte conmigo, según el lado que cogiera. Yo sí lo hubiera previsto. Tú no, claro.

PRIMERO.—¿Y si todos somos del mismo bando? ¡Sí! ¡Sí! ¡¿Y si todos somos del mismo bando?!

SEGUNDO.—¿De cuál bando, cariño, del federal o del revolucionario? Dilo tú. No hay otra solución que la de sentarnos y esperar a que pase algo. Muy rápido tiene que ser el que comience a disparar para no ser muerto por el otro. El único que podría es usted, compadre..., si tuviera pistola, porque con ese rifle... La única solución es sentarse..., (Se sienta en un extremo de la escena) y esperar. Esperar.

PRIMERO.—¿Esperar qué?

SEGUNDO.—No sé.

(Primero se sienta al otro extremo. Tercero en la mitad, al fondo, de manera que forman un triángulo. Todos están dándose el frente y la mano cerca del arma)

SEGUNDO.—Estamos más o menos a la mitad del camino entre ambos campamentos. Alguno de los dos avanzará tarde o temprano. Que cada cual espere que sea el suyo. (Los mira) Es cierto. Todos podemos ser del mismo bando. (Pausa corta) Está anocheciendo. Hoy ha sido dura la pelea. De ambos bandos, se entiendo. Empate. Siempre, después de una batalla, hay unos cuantos que se quedan atrás por algún motivo y no pueden retirarse a su campamento. Je, je. ¿Cuál es el motivo de ustedes? Puesto que no podemos hacer otra cosa que esperar, me parece bien que hablemos, teniendo la precaución de no decir ni dar a entender a cuál bando pertenecemos, si a la izquierda o a la derecha. Yo estaba en un hueco. Desde el mediodía. Cuando ordenaron la retirada, mi compañero, que estaba conmigo, salió primero. En ese momento le reventaron la cabeza a balazos. Volvió a caer. Tenía los ojos... fuera. Quedó como sorprendido, como si no pudiera creer que... ¡Como si no lo pudiera creer! (Pausa) Permanecí ahí, hasta que no hubiera ya nadie, y esperé y esperé y esperé y esperé, con él, al lado. Desde mediodía. No he probado bocado. Regresaba a mi campamento. Entré a descansar.

TERCERO.—¿Quieres? (Le tira una mochila con comida)

SEGUNDO.—(Asiente y come. De pronto se detiene. Voz baja)
Le sacaron los ojos. ¡Pablo! (Aparta la comida y vomita)

TERCERO.—Ahí dentro hay aguardiente.

SEGUNDO.—No.

(Pausa)

PRIMERO.—(A Tercero) ¿Y tú?

TERCERO.—Vine a la guerra con mi hijo. Después de la batalla de esta mañana, no llegó al campamento. Regresé a buscarlo. (Baja la cabeza)

PRIMERO.—(Grita. Tiene que ser un grito máximo, que trascienda, con mucho, el salón del público. En este grito toda moderación significaría vulgaridad y tendría un efecto contraproducente) ¡Dios! (Transición) Compañeros, óiganme. Se están burlando de nosotros. No somos dignos.

Nos están mirando en estos momentos. Yo soy maestro de escuela. Soy un hombre de paz. Quiero decir... Probemos..., demos algo..., amémonos de pronto.

SEGUNDO.—¡Ja, ja, ja! Ahora sí que estás cómico. ¡Ja, ja, ja! (Serio) Bueno, amémonos, amémonos. Empieza tú. Trata de hacerlo tú. (Primero comprende que no puede) ¿Ves, imbécil? ¡Ja, ja, ja! Esto sí que es cómico. ¡Ja, ja, ja! Tú, padre, dame la comida. Comeré.

PRIMERO.—(De nuevo) ¡Dios!

SEGUNDO.—(Tranquilo) ¿Para qué haces eso? Lo único que lograrás es hacer que vengan los de cualquier bando. Espera que vengan ellos por su propia cuenta. Me dará tiempo a comer. (Come)

TERCERO.—Hagamos un fuego.

SEGUNDO.—Sólo serviría para llamarle la atención a los de cualquier bando. Oye, padre, qué bueno está esto.

TERCERO.—Lo hizo mi mujer.

SEGUNDO.—¿Trajiste a tu mujer a la guerra?

TERCERO.—Sí.

SEGUNDO.—La soldadera. Qué país este. Los soldados van a la guerra con mujer e hijos. Será hábil en robar a los muertos tu mujer, ¿eh, padre? En otros países los ejércitos tienen un servicio de cocina, no tienen que llevar los soldados a su propia cocinera. Aquí tenemos... Está bueno, esto. (Lo que come) Aquí tenemos que ser verdaderamente patriotas para ir a la guerra. O ladrones. En otros países se les da un sueldo a los soldados. Aquí el sueldo de uno es lo que robe. México. Sin olvidar lo de los uniformes. Es una ventaja. De esa forma ya no todos los hombres son enemigos, sino sólo los que visten de azul, o de verde. Tú debes ser bravo para la guerra, ¿eh, padre? ¿Era tu único hijo?

TERCERO.—No, tengo otro, niño todavía. Se quedó, con la madre de mi mujer.

SEGUNDO.—A lo mejor fuiste tú el que mató a mi amigo. ¿Por qué no? Podría ser.

TERCERO.—A lo mejor. No sería la primera vez que le desbarato los sesos a alguien.

SEGUNDO.—O a lo mejor mi amigo era tu hijo. Podría ser. ¿Por qué no? (Pausa. Tercero comprende que es posible) ¿Era un..., como de veinte años?

TERCERO.—(Se levanta) ¡Sí!

SEGUNDO.—(Ve los bigotes de Tercero) ¿Con bigotes?

TERCERO.—No. (Se sienta de nuevo)

SEGUNDO.—Bueno, sí, no tenía bigotes. Vello más bien. ¿Un muchacho moreno, alto, fuerte? ¿Callado? No le gustaba hablar.

TERCERO.—(Otra vez comprende que es posible, pero ya recela. Voz baja) Sí.

PRIMERO.—Déjate de estar engañándolo, ¿quieres?

SEGUNDO.—Je, je, je.

PRIMERO.—Tu hijo no se llamaba Pablo, ¿verdad? (Al oír el nombre se le trunca la risa a Segundo)

TERCERO.—No. Jacinto. Se llama. No llamaba.

SEGUNDO.—¿Cómo sabes que mi amigo se llamaba Pablo?

PRIMERO.—Tú lo dijiste. Hagamos ese fuego. Que vengan, qué importa. Sólo así podremos terminar con esta... .. peores que bestias encerradas.

(Primero, ayudado por Tercero, comienza a hacer un fuego. Le dan la espalda a Segundo, y éste aprovecha la ocasión para deslizar la mano hacia su cartuchera)

PRIMERO.—(A pesar de no parecer haber estado viéndolo. Sin volverse) Tendrías que hacer dos disparos certeros. Dos disparos únicos y rápidos. Y tú sabes que no puedes.

SEGUNDO.—(Sonríe cínico) Tienes razón.

TERCERO.—Déjalo que comience. Yo también lo estaba viendo.

PRIMERO.—Y después matarme a mí, ¿verdad?

TERCERO.—(Sin darle pizca de importancia) Sí.

PRIMERO.—Pero si me ibas a salvar la vida. Te saliste de tu camino para ayudarme.

TERCERO.—Entonces, sí. Ahora es otra cosa. O los mato yo o me matan ustedes.

PRIMERO.—(Le duele, pero) Sí.

TERCERO.—Levanta el pie, esta rama arderá bien.

SEGUNDO.—(Burlón) Oye, maestro, ¿por qué gritaste eso? Tú crees en Dios, ¿verdad?

PRIMERO.—Es Dios el que no cree en nosotros.

SEGUNDO.—Yo en lo que creo es en los ángeles. Sobre todo cuando están bien dotados de... (Gesto libidinoso) protuberancias. Je, je. Recuerdo que una vez en..., bueno, en cualquier parte, en un pueblo que cogimos... Entramos en una casa, una casa de mampostería, lujosa. Buena gente. Estaban ahí, temblando, el padre, la madre y el ángel. ¡Y qué ángel! Matamos a los viejos, y a ella nos la repartimos entre todos. (Con gusto, recreándose en mostrarse malo) Yo fui el primero. Ah, muchachos, ni les cuento cómo estuvo eso. El cielo. Yo mismo le movía las caderas, porque estaba desmayada. Ah, el cielo. Eh, maestro, ¿qué te parece? Esa pudo haber sido tu mujer. No, era virgen. Tu hermana, eso sí. Y ahora, viéndote bien, hasta creo que te pareces a ella. Sólo que ella..., claro... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Sí, pudo haber sido. O pude yo haber hecho lo mismo con tu hermana.

SEGUNDO.—Yo no tengo hermana. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Con tu mujer entonces. ¿O tampoco tienes mujer?

SEGUNDO.—(Serio) No.

PRIMERO.—O tu madre. Porque los míos no respetan ni a las viejas. Los míos o los tuyos. Es lo mismo.

SEGUNDO.—Yo no tengo madre. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Te lo creo.

SEGUNDO.—Comienzo a conocerte, ¿sabes? Tú eres uno de esos maestrillos que creían en los ideales de la re-

volución y se van a luchar por ellos. Los maestros siempre están hablando de ideales. O que no creen en los ideales de la revolución y se van a luchar contra ella para guardar el orden. Los maestros siempre están hablando de orden. ¿De cuál clase eras tú? ¡No, cuidado, no lo digas! Has venido y te has encontrado con que aquí no se trata ni de orden ni de ideales, con que aquí sólo se trata de matar. Ese es el único ideal que existe. Y sólo cuando estemos todos muertos habrá orden. Te has de haber llevado una sorpresa, ¿eh, maestro?

PRIMERO.—Yo sabía a lo que venía.

SEGUNDO.—¿Sí? Yo también. Eso nos hace ser más peligrosos todavía. (A Tercero) Ahora te diré por qué estás tú aquí.

TERCERO.—Si me tratas de engañar otra vez o de burlarte de mí te parto la cabeza.

PRIMERO.—Y lo hará. Tú lo sabes. De manera que cállate.

SEGUNDO.—Si pudiera ya lo hubiera hecho. Con ese rifle. Ja. Tú eres mi guardián, mi ángel guardián. (A Tercero) ¿Eh, padre? Este y yo tenemos cinco balas que podemos soltar de corrido. Usted una. ¿Quiere cambiar, mi pistola por su rifle? ¡Ja, ja, ja! A mí no me sirve la pistola, soy... cobarde, sí. Tengo miedo. A éste tampoco le sirve, al maestríto. El maestríto es bueno. No quiere pecar. Cree en Dios. A usted sí que le servirá, ¿eh?

PRIMERO.—Cállate, te digo. Hablas demasiado. Todo es culpa tuya. Yo te quise salvar. Quise hacer el bien. Este vino a salvarme. Quiso hacer el bien. Sólo tú estás aquí por malo, y nos encerraste a todos hablando, razonando.

SEGUNDO.—Bueno, les diré por qué estoy yo aquí. No, mejor no. Se reirían.

(Pausa)

PRIMERO.—¿Oyen?

SEGUNDO.—(Escucha) No se oye nada.

PRIMERO.—Eso. Hasta a los bichos los han matado.

SEGUNDO.—Oh, qué dolor, los pobres bichitos. Qué inhumana es la guerra. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—¡Pablo! (Surte el efecto que buscaba. Se le corta la risa a Segundo) ¡Ja, ja, ja! ¿Entonces es de veras que era tu amigo? (Transición) Perdóname. Hace fresco. Acérquese al fuego, padre. (Tercero lo hace) Yo tengo tabaco. ¿Quiere?

TERCERO.—Bueno.

PRIMERO.—¿Tú?

SEGUNDO.—Gracias. (Lían cigarrillos y fuman)

PRIMERO.—¿Usted es de por aquí, padre? Sí. Es mejor que no lo diga. Tiene razón. Esta tierra no es buena. Mucha piedra.

TERCERO.—De donde yo soy sí es buena. Para el frijol.

SEGUNDO.—Ajá. Entonces usted es del norte.

PRIMERO.—(Negándolo) ¿Por qué? ¿Acaso no se da el frijol también en el sur.

SEGUNDO.—Sí, es cierto. (Pausa) No podemos ni hablar.

(Pausa)

PRIMERO.—No podemos decir ni “soy de tal parte”, ni “¿cómo te llamas?”, ni “te quiero”. (Pausa. Se levanta y grita de nuevo) ¡Dios!

(Segundo se le tira encima furioso, lo tumba y le pone la pistola debajo de la quijada)

SEGUNDO.—¡Como vuelvas a gritar eso te mato, ¿me oyes?, te mato!

TERCERO.—(Apuntándolo con su rifle) Suéltalo. O no, mejor no, mávalo, mávalo de una vez, para matarte yo y terminar esto.

SEGUNDO.—(Se levanta) ¿Me oiste? No es de camarañas. Hay que ser muy poco hombre... (Tirita) Tengo frío.

PRIMERO.—(Sin rencor, al contrario) ¿Tanto así crees?

SEGUNDO.—No me preocupo de eso. Estoy nervioso.
(Tirita)

PRIMERO.—(Se quita el saco y se lo da) Coge, ponte esto.

SEGUNDO.—(Receloso) ¿Por qué?

PRIMERO.—Porque sí. Anda. Cógelo.

SEGUNDO.—(Lo coge) Gracias. (A Tercero) Dame un trago.

PRIMERO.—Yo también tengo. (Saca una botella de su mochila. Tiene una nueva esperanza) Qué importa que no nos podamos decir las cosas importantes si podemos decirnos cosas como “tengo frío”, “coge mi saco”. Todo no está perdido, mientras nos podamos decir cosas así.

SEGUNDO.—A lo mejor se ponen ustedes a pensar que como soy friolento debo ser de la costa, y como la costa está en manos de... ¡Pero se equivocan! ¡No soy de la costa! Si tengo frío es porque estoy enfermo, me va a dar calentura. ¡Lo cual no quita que no sea...! ¡Oh! (Se aprieta la cabeza)

PRIMERO.—Entonces, ni eso.

SEGUNDO.—Ni eso. Coge tu saco.

PRIMERO.—No, déjate.

SEGUNDO.—Cógelo, he dicho. (Se lo tira)

PRIMERO.—Y sin embargo, todos somos algo, de alguna parte. Pero es un crimen, ser lo que sea. Está prohibido. Sólo cuando está uno solo. Porque es un crimen ser. Y hasta decir “yo tengo frío” es peligroso. Si el que está a tu lado se da cuenta de que eres, te aplastará la cabeza. Es un crimen. Bien. Vamos a jugar a que no somos, a que estamos simplemente. (Tercero está rascándose la espalda) Rascarse la espalda, eso es todo lo más que se puede hacer. (Tercero, desconfiado, deja de rascarse) Pero, cuidado, también eso puede ser peligroso. Se pueden deducir cosas. ¿No es cierto?

SEGUNDO.—Imbécil.

PRIMERO.—Eso es, defiéndete. (Segundo le quita la cara)
¿Por qué no me miras? ¿Por qué no nos miramos todos a los ojos? Terminaríamos acostándonos juntos.

SEGUNDO.—¡Maricón, cállate!

PRIMERO.—A usted, papá, a usted le debe ser más fácil todo esto. A usted no le gusta hablar. Es lo más seguro en este juego de escondite. Jugamos a que no somos, a que no existimos más que como esto, una cosa que bebe, o que se rasca la espalda, que camina por la calle, que se sienta. Nada más. Sí, me callaré. (Transición) ¡Oh, estúpidos! ¡Oh, oh, estúpidos! ¿No se dan cuenta de que esto es así porque nadie se ha atrevido nunca a hablar, porque nadie se ha atrevido a llorar en las esquinas, o a decirle al de al lado: “tengo frío”? El día que pase eso nos abrazaremos todos. De pronto comprenderemos que hemos hecho los estúpidos, que nos hemos dejado engañar, porque aquí estamos para abrazarnos los unos a los otros. ¡Déjenme, déjenme besarlos en la boca, y besarlos en los pies, para darles la bienvenida a esta nueva vida, para demostrarlo! ¡Déjenme ser bueno, para probarles cómo inmediatamente lo serán ustedes también, y después ellos, y después los otros, y después todos! Será una nueva vida que habremos comenzado nosotros, aquí, en esta tierra de nadie, a escondidas! Yo voy a decir de qué bando soy, y lo vas a decir tú, y luego tú, y nos vamos a abrazar todos, porque habremos comprendido que no importa. Oigan, oigan, yo soy... (Segundo y Tercero aprestan sus armas. Primero comprende que uno de los dos lo matará en el momento en que diga de qué bando es) Yo soy... (Se dobla y llora)

SEGUNDO.—¿Qué, hablador de mierda, qué eres tú?! ¿De qué bando eres? ¡Habla! ¡Habla! Para eso, para hablar, para eso sí eres bueno tú, para hablar de ideales, de orden. Son gente como tú los que están pudriendo el mundo, los que le hacen la vida insoportable a los que sólo queremos quedarnos en casa, sin decir que somos o que no somos. Quedarnos simplemente y trabajar en lo nuestro. Que nadie me diga que tiene frío, que yo tampoco se lo diré a nadie. Yo sólo quiero... vivir... en paz... con lo mío. Aunque tenga que matar para ello. Porque yo vine aquí a matar. Me

sería repugnante saber que tú y yo somos del mismo bando. Hablador. Te conozco. A la hora de hablar grande. A la hora de hacer lo que predicán, mírate, maricón. (Transición) No se puede hacer otra cosa que esperar. Esperar. Hasta que cualquiera de los dos bandos venga. Lo más gracioso es eso, que todos podemos ser del mismo bando. Je, je, je. A lo mejor todos somos del mismo bando y los que vienen son los otros. Los habremos esperado, así, cruzaditos de brazos, para que nos maten. Y todo porque no hay nadie que... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Todos “somos” del mismo bando. Sencillamente porque no hay dos bandos, hay uno solo. Nos lo han hecho creer, pero hay uno solamente, uno solo.

SEGUNDO.—¿Y cuál es ese bando único, querido, el federal o el revolucionario? ¿El que cree en los ideales, o el que cree en el orden? ¿El que quiere trastornar al mundo para implantar unos ideales, o el que está satisfecho con las cosas mientras pueda sentarse en algún sitio y fumar tranquilamente? Estoy hablando demasiado.

PRIMERO.—Tú eres un hombre de paz. Todos los hombres somos hombres de paz.

SEGUNDO.—¿Crees que soy federal? ¿No puede ser que yo haya salido a luchar por ese sitio en donde sentarme? ¿No puede ser que sea eso lo que signifique para mí la revolución? Sí, puede ser. O puede ser que ya lo tenía. ¡Adivínalo! ¡Arriésgate! Estoy hablando demasiado. Ya he dicho más de lo que conviene. (Tirita)

PRIMERO.—Pero decir: “yo tengo frío”, eso sí lo puedes decir.

SEGUNDO.—No. Tampoco. El padre, el padre es el más listo de nosotros. No habla. Espera a que uno de nosotros meta la pata para meterle él plomo en la cabeza. ¿Eh, padre? ¿Por qué no habla? ¿Por qué no dice nada?

TERCERO.—Cuando yo hable va a ser con ruido. (Gesto al rifle)

SEGUNDO.—Vamos a dormir, ¿qué les parece? Tú velarás mi sueño, ¿eh, padre? (Transición) Lo decía en bro-

ma, pero sí, creo que sí se puede dormir. Cada uno de ustedes cuidará de que el otro no me haga daño, porque yo puedo ser de su bando. (Se echa. Transición. Se incorpora) Pero, pensándolo bien, (A Primero) tú puedes engatuzar a éste y aliarte con él de alguna forma. No, no pueden. Entre dos es el mismo problema. Je. A lo mejor entre mil sería lo mismo. O entre un millón. Je. Sería gracioso. (A Primero) Sí, pero conozco a los de tu clase y tu lengua. Tampoco se puede dormir.

(Primero se echa y cierra los ojos)

SEGUNDO.—(Bebe) ¿Quieres?

TERCERO.—No.

SEGUNDO.—Yo sí. Me quita el frío. (Bebe)

(Pausa larga)

SEGUNDO.—(En voz baja, cuidando de que no lo oiga Primero a quien cree dormido) Padre, padre, ¿quiere salir con vida de esto?

TERCERO.—¿De qué bando eres?

PRIMERO.—(No dormía) Sí, ¿de qué bando eres? ¡Dilo! ¡Porque juro que mataré al que no sea del mío, y nadie es de mi bando! ¡Dilo, ¿de qué bando eres, traidor cochino?! ¿Crees que dormía? Tigre, hay que ser tigre entre los tigres. (Los tres están encañonándose)

SEGUNDO.—(Cínico) ¿Ves? No se puede dormir. Esto va a durar toda la noche.

PRIMERO.—No. Esto va a durar hasta que se acabe el mundo. (Voz baja) ¡Dios, ayúdame! ¡Hazme amar a estos puercos, Señor! Tú eres mi refugio. ¡Carajo, escúchame!

SEGUNDO.—Dios no existe, idiota.

TERCERO.—(Tranquilo) Yo soy Dios. (Pausa. Primero y Segundo lo miran. Tercero se da vuelta de pronto y sin previo anuncio visible, congestionado de risa) ¡Ja, ja, ja! (De pronto se vuelve, cree que venían hacia él) ¡Cuidado, el que se me acerca se muere!

SEGUNDO.—Cuando los brutos abren la boca...

PRIMERO.—(Todavía bajo la impresión) ¿Quién es usted, padre?

TERCERO.—(Encañonándolo. Los tres están con las armas en la mano) ¡Adivínalo! ¡Arriésgate!

SEGUNDO.—(Voz baja) Hasta que se acabe el mundo.

T E L O N

SEGUNDO ACTO

Lo mismo. El fuego se ha extinguido casi totalmente.

SEGUNDO.—(En la oscuridad. Voz baja) ¡Dios! ¡Dios! ¡Padre! ¿Está dormido? (Se levanta y va al proscenio, camino de Primero. A sí mismo) Está dormido. Todos duermen. Ahora..., ahora es la hora. Los mataré a los dos. Primero a éste. Será más fácil. Pero en silencio. No debo despertar a Dios. Lo estrangularé, en silencio, y después..., el otro. Debo tener fuerzas. ¡Oh, qué hermoso es esto! Estoy solo. Solo sobre la tierra. ¡Solo! Pero no debo pensar en voz alta. Puedo despertar a Dios. A Dios Padre que anda buscando a su Hijo. ¿Para qué lo mandó? Está bien que lo haya perdido. Este es un juego para hombres. Je, je. Está bien. Qué tiene que andar espiondo. Desvarío. Me ha subido la fiebre. No debo pensar. No debo pensar. Debo matar solamente, matar, matar. (Transición) Abel, ¿duermes? Sí, duermes. Confías en Dios. Pero Dios también está dormido. Ahora te mataré. Ahora... (Levanta el saco que hace de cobija a Primero y lo despierta)

PRIMERO.—¿Eh? (Desenfunda rápidamente y prende un fósforo) Tú, claro. (Levanta más el fósforo para alumbrar a Tercero. Tercero está con el rifle al hombro, apuntando a Segundo)

TERCERO.—En el momento en que lo mataras te ibas a ir detrás de él.

SEGUNDO.—¿Estabas despierto?

TERCERO.—Estaba despierto. Oyéndote.

SEGUNDO.—¿Y por qué no nos ha matado? ¿Por qué no nos ha matado usted a los dos? Pudo hacerlo. Este estaba dormido, habría tenido tiempo de cargar de nuevo su rifle. Era su gran oportunidad. ¿Por qué no lo hizo?

TERCERO.—No quiero ser yo el que empiece el tiroteo. Pero seguramente seré el que lo termine.

PRIMERO.—Porque es bueno. Todavía tiene esperanza de ser bueno. Déjalo. Tú eres el único perverso. En realidad es tan fácil. Sólo hay que romper un hilo para desencadenarlo todo. Y nadie se atreve. Todos nos agarramos a ese hilo. Todavía tenemos esperanza. (A Tercero) ¿Verdad? (Tercero hace gesto de que ni lo sabe ni le importa) ¿Pero creen que si en el fondo nos quisiéramos matar no nos habiéramos matado ya? Pero si es... Yo lo veo tan claro. Todavía tenemos esperanza de ser buenos. (A Segundo) Hasta tú, estoy seguro. Sí, hasta tú. Y no nos dejan. Hay una cosa que se llama naturaleza humana, buena, limpia, como la mano misma de Dios. Pero aquí todo conspira contra ella, quiere mancharla, hacerla mala, y tenemos que defenderla. (A Tercero) Es eso lo que estamos haciendo, defendiéndola, ¿verdad?

SEGUNDO.—No se trata de ningún hilo, maestríto. Yo no comienzo porque..., sí, porque soy cobarde. Y porque tienes el sueño muy liviano. Este no comienza porque no puede. Y tú no comienzas porque... ¿sabes?, te lo creo, porque no te quieres manchar. (A Tercero) Llamarte bueno. ¿Qué te parece, padre? Dios, ¿qué te parece? (A Segundo) Y además, no empiezas el juego porque no eres lo suficientemente valiente para hacerlo. Yo sí lo soy. Duérmete, descuídate y verás. Yo, el cobarde, sí lo soy.

TERCERO.—¡Empiézalo! ¡Empiézalo! Ya me estoy cansando. Pero sabe que yo no voy a dormir. Estoy siempre despierto. Y veo bien en la oscuridad.

PRIMERO.—(A Segundo) No. No empezarás nada. Te conozco. Eres cobarde. Y además, también tú tienes esperanza.

SEGUNDO —De salir con vida de esto.

PRIMERO.—De salir limpio de esto. No hay por qué impacientarse. Al amanecer alguno de los dos bandos avanzará. El empate de esta mañana no durará siempre. Ellos empezarán.

SEGUNDO.—Falta mucho para que amanezca.

PRIMERO.—Sí. Faltan siglos todavía. (Anima el fuego) Seguramente todos estaremos muertos para entonces.

Será un amanecer muy bello. La tierra vacía, cara al sol, tostada. Reirá. Y no habrá tenido ninguna importancia. Alguien le habrá ganado la apuesta a alguien. Eso es todo.

SEGUNDO.—Han apostado a que gano yo.

PRIMERO.—Han apostado a que no gana nadie. Sólo él, Dios, seguramente sólo él saldrá con vida de esto.

TERCERO.—Sí.

PRIMERO.—Dígame, ¿por qué dijo usted eso, que era Dios?

TERCERO.—Porque lo soy, comparado con ustedes, que son unas gallinas, que sólo saben hablar. Y yo no hablo. Dios tampoco habla. Y para seguirles el juego, que está divertido. Uno de ustedes se va a delatar de un momento a otro. Algo me dice que los dos son del bando contrario. Y qué gusto me va a dar matarlos.

PRIMERO.—¿Para vengar a su hijo?

TERCERO.—Mi hijo no está muerto.

PRIMERO.—¿Por qué, entonces? ¿Por qué?

SEGUNDO.—Porque es bueno, querido. ¿No lo dijiste tú antes? (Transición) Porque es malo, como tú, como yo, como todos.

PRIMERO.—No.

SEGUNDO.—Descuídate y verás. Parecemos diablos con esta luz.

PRIMERO.—A mí me gusta. Alumbra más que la del día.

SEGUNDO.—Depende de lo que se quiera ver.

PRIMERO.—Sí. A tí. A mí. A Dios.

TERCERO.—Ya basta de esa broma. Empieza a cansarme.

PRIMERO.—Sí, debe ser muy cansado.

SEGUNDO.—Ustedes no saben. Hay... No. No debo hablar. ¡Pero no me gusta esta luz! (Va a apagarla pero se le interpone Primero)

PRIMERO.—No. Ya una vez quisiste aprovecharte de la oscuridad.

TERCERO.—Déjalo. La oscuridad es la misma para todos. Y es él el que sale perdiendo. (A Segundo) Tú brillas. Tus ojos brillan.

SEGUNDO.—¿Mis ojos? No. No eran los míos. ¡Son estos que recuerdo, que me miran! (Desde su frente, de donde quiere arrancárselos. Tirita) Tengo frío. (Primero le ofrece su saco) ¡No! ¡No he dicho nada! Hagamos algo, hablemos de algo. Me pone nervioso no hacer nada.

PRIMERO.—Habla tú.

SEGUNDO.—De cosas sin importancia, que no nos comprometan.

PRIMERO.—Sí. Claro que se puede. ¿Ves? Yo te lo decía. Empieza. Se hará la noche menos larga.

SEGUNDO.—No. Empieza tú.

PRIMERO.—Bueno. Por ejemplo: Es una noche hermosa.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—Las estrellas también. Son hermosas.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—Yo me llamo, por ejemplo, Carlos.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—O Enrique, o José.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—A pesar de todo..., a pesar de todo, todavía hay esperanza.

SEGUNDO.—(Pausa) ¿De qué?

PRIMERO.—Pues... de que todavía haya esperanza.

SEGUNDO.—¿De qué?

PRIMERO.—De que la haya, de que la haya. De que amanezca mañana.

SEGUNDO.—De que se cierren esos ojos.

PRIMERO.—De que encontremos ese sitio en donde podamos sentarnos a fumar un cigarro.

SEGUNDO.—De que yo te mate a ti antes de que me mates tú a mí.

PRIMERO.—No, porque somos del mismo bando. Todos somos del mismo bando. Mañana, cuando amanezca, nos daremos cuenta de ello y nos arrepentiremos de haberla pasado así, en vez de cantando.

SEGUNDO.—Sólo el que tenga un amigo que se llame Pablo, al que le han roto la cabeza, al que le reventaron los ojos, sólo ése es de mi bando. No hago más concesiones.

PRIMERO.—Bastan. Yo.

SEGUNDO.—¿Te atreves a cargarte conmigo a Dios?

PRIMERO.—El también es de nuestro bando.

SEGUNDO.—Ya lo sabía. Eres cobarde.

TERCERO.—He dicho que ya me estaba cansando de ese juego.

PRIMERO.—Algún nombre hemos de tener, para cubrirnos.

TERCERO.—El de padre está bien para mí.

(Pausa)

SEGUNDO.—¡Bueno, pero que pase, que pase algo de una vez! ¡Matémonos, si es que es eso lo único que se puede hacer! ¡Tenemos horas de estar aquí! ¡¿Hasta cuándo?!

PRIMERO.—Se pueden hacer muchas cosas. Todavía se puede hablar de muchas cosas.

SEGUNDO.—Ya lo has visto que no.

PRIMERO.—Se puede vivir, simplemente. Aunque sólo sea así.

SEGUNDO.—¿Sí?

PRIMERO.—Sí. ¡Sí! ¡Se puede vivir!

SEGUNDO.—Déjenme ir a vivir entonces, déjenme irme de aquí. (Marca el mutis. Primero y Tercero lo encañonan)

PRIMERO.—No puedo. Desconfío. Te puedes apostar por ahí en lo oscuro y cargarnos.

SEGUNDO.—¿Ves? No me dejan.

PRIMERO.—Tú no nos dejas a nosotros. No podemos confiar. Es una buena trampa en la que hemos caído. No se puede dormir porque podemos soñar y salirnos por ahí. No se puede hablar. No se puede nada. Pecar, solamente pecar. Matarnos solamente. (Pausa) Ahora, en alguna parte, hace de día. (Pausa) Ahora ya hace tarde. (Pausa) Ahora hace de día de nuevo. Sólo aquí, no. Aquí no cambia. Estamos como fuera del tiempo. Con todo, es una buena oportunidad para hablar sin prisas. Es lástima que no podamos ponernos de acuerdo. Seguramente nadie tuvo tanto tiempo para hablar como nosotros. Si no estuviera prohibido. Podríamos habernos puesto de acuerdo y mañana, cuando vengan a buscarnos y nos pregunten: ¿de qué bando son?, responderíamos: Del mismo. Algunos comprenderían y convencerían a los otros, y luego convencerían a los del bando enemigo de que no son enemigos, de que son del mismo bando. E irían los dos ejércitos donde sus jefes, los generales gordos, los comerciantes —ellos sí se han puesto de acuerdo— y les dirían: No podemos pelear. Somos del mismo bando. Fumamos los mismos cigarros. Nos rascamos la espalda de la misma manera. Lo hemos descubierto. Y entonces todo México le diría a las otras naciones: No podemos pelear contra ustedes. Somos del mismo bando. Y ellos comprenderían. Todos comprenderían. Sería domingo ese día. Los que entonces estén enfermos sanarían milagrosamente. El que se haya olvidado de cuando era niño, lo recordaría de pronto. Sería muy hermoso. Y todo esto lo habríamos comenzado nosotros. Lo único que se necesita es decir: ¡No! ¡No pasarán! (Se pone en pie e imita el tono de voz con que, en efecto, se dirá esto al final) ¿De qué bando, de qué bando serán estos, que se paran así?, preguntará uno. Del mismo, diremos nosotros. Y ustedes no pasarán hasta que no reconozcan que también son del mismo bando. ¡No pasarán!

SEGUNDO.—Ja. Pasarían pisándonos la barriga.

PRIMERO.—(Sin ánimo ya) Valdría la pena intentarlo. Quizás sea eso todo lo que haga falta. Se ríen de nos-

otros, y de ellos, de todo el mundo. (Transición) ¿Por qué dijiste eso, que no es de camaradas gritar..., tú sabes?

SEGUNDO.—Yo no dije eso.

PRIMERO.—Sí, lo dijiste, lo dijiste. Y me parece muy bien. (Gesto de "qué me importa" de Segundo) ¿Sabes? Creo que nadie nunca ha hablado con tanta sinceridad como nosotros. Todo el mundo es capaz de hacerlo, pero nunca lo ha hecho nadie. La situación, el momento, no sé. Y eso que no podemos hablar. Oh, si pudiéramos, qué de cosas saldrían, qué de nombres. (Consigo mismo) Consuelo, madre, me voy. Quiero tocar fondo, encontrarme ahí con la gente, hablar. No fracasaré. Si fracaso, sí. Te lo prometo. Pero no fracasaré. Te lo prometo. (A los otros, burlándose de sí mismo) ¿Oyen? ¡No fracasaré! (Es una risa enferma) ¡Ja, ja, ja! (Transición lenta. Otra vez consigo mismo, o más bien con alguien imaginario) Hola, ¿qué tal? Mira. No, pero así no. Como si estuvieras recién llegando. Pero no cansado, curioso. No, tampoco. Más bien..., sí, algo así. Como si estuvieras un poco más seguro, más acompañado. Sí, ya sé, pero disimula. Se debe sonreír. Y quedártelo mirando. Esta piedra, por ejemplo. (Recoge una y se la queda mirando) Quedártela mirando hasta que se produzca el milagro. De pronto las cosas comienzan a ser, abren el párpado y se les ve el ojo, que también te mira. ¡¿Ves?! ¡Ahora! ¡Ahora! (Hace un gesto de tirar la piedra) ¡No, no la tires! (Más calmado) ¿Viste? (Cierra la mano. No ve más la piedra) Pues lo mismo sucede con la propia mano de uno. (Suelta la piedra y se ve la mano) Pero hay que quedársela mirando por un buen rato. (Se la deja de mirar antes de que se produzca el milagro) O con uno mismo, cuando se ve uno largo rato en el espejo. O con los otros. (Mira a sus compañeros) Somos todos uno. Pero nos separan, nos dividen, nos vencen. (Otra vez al alguien imaginario) No te dejes engañar, ven a mis brazos, ven. (Los abre) ¡No! ¿Por qué me pegas? ¿Qué te he hecho? (A sus compañeros) ¿Qué mal les he hecho? Díganme.

SEGUNDO.—¿Te has vuelto loco?

PRIMERO.—(Después de una pausa en la que recupera el uso de razón. Sonriendo para disimular) Todo el mundo lo hace.

Y todo el mundo sabe que todo el mundo lo hace. Y todo el mundo sabe que todo el mundo sabe. Y sin embargo... Es como las narices, que todo el mundo se las hurga cuando está solo.

SEGUNDO.—Otros se hurgan el culo. Ja, ja. Yo solamente cuando me baño.

PRIMERO.—¿Sí? ¡Qué hermoso!

TERCERO.—El también dijo eso.

PRIMERO.—¿Qué?

TERCERO.—Qué hermoso. Cuando te iba a matar.

PRIMERO.—¿Sí? (A Segundo) ¿De veras me ibas a matar?

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—No lo creo. Sabiendo que esto es tan hermoso, ¿por qué ibas a querer ensuciarlo?

SEGUNDO.—(A Tercero) Oye, ¿estás seguro de que yo dije eso? Yo sólo lo pensé. ¿Cómo sabes tú lo que yo pensé?

TERCERO.—Lo dijiste.

SEGUNDO.—Bueno, no tiene importancia.

(Pausa)

PRIMERO.—¿Y si estuviéramos todos muertos? A lo mejor estar muerto es esto. Puede ser. Podría ser. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles aún. Una bala en la cabeza. Pudimos no habernos dado cuenta. A estas horas en el campamento todos están bebiendo. Puede que haya mujeres. Sólo los muertos no están ahí. Tú mismo lo dijiste, antes. ¿Por qué no podemos ser nosotros? Nadie sabe. A lo mejor entra un ángel de un momento a otro y... (Transición. A Tercero) ¿Es cierto lo de su hijo? No mentía, ¿verdad?

TERCERO.—Yo sólo miento a los que les tengo miedo, y ustedes son gallinas.

SEGUNDO.—El Hijo de Dios. Lo crucificamos. Y después nos lo comimos. Yo me le comí los ojos. ¡Ja, ja, ja!

TERCERO.—Te advertí que no hicieras bromas conmigo.

PRIMERO.—No es broma.

TERCERO.—Mi hijo no ha muerto. No ha nacido todavía el hombre que pueda matarlo. (Piensa. Por un momento puede más el pensamiento que la realidad e inicia el mutis. Lo encañona Segundo)

SEGUNDO.—Padre, ¿adónde vas? Está prohibido.

PRIMERO.—¡Déjalo!

SEGUNDO.—No. Me protege contra ti. (Tercero vuelve a su sitio)

PRIMERO.—¿Estás sordo? ¿No me oyes que soy un hombre de paz? (Lo sacude de la camisa) ¿No me oyes? (Como si el otro estuviera lejano) ¡Tú, allá, lejos! ¿Me oyes? ¿Hay alguien ahí dentro?

SEGUNDO.—¡Suelta, suelta, fracasado! (Logra desasirse) Ese es tu error, creer que la gente vive dentro. Adentro no hay nada, nadie. Sí, sí, todo lo que somos es esto, una cosa que bebe, que se rasca la espalda, que camina por la calle, que se sienta. Adentro no, maestríto, aquí afuera, mirándote.

PRIMERO.—¡Bueno, óyeme entonces, déjalo que se vaya! Soy un hombre de paz.

SEGUNDO.—Los hombres de paz no llevan pistola

PRIMERO.—Sí, tienen que llevarla, mientras haya gente como tú. Pero hasta en ti creo yo. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles. Yo creo en ti.

SEGUNDO.—Los hombres de paz no llevan pistola.

TERCERO.—Si te la da, te mato.

PRIMERO.—No, no creo en ti. (A Tercero) Tampoco yo se la daría, padre. Hay que ser tigre entre los tigres. Chacal entre los chacales. Hombre entre los hombres.

SEGUNDO.—Entre los hombres lo que hay que ser es mujer. ¿Por qué no naciste mujer, maestro, una mujer entrada en carnes, como me gustan a mí? Estuviste tan cerca de ello.

PRIMERO.—Acabemos ya de una vez con esta tortura. ¿Cómo es que no ven el fuego? ¿Cómo es que no mandan una patrulla?

SEGUNDO.—Podemos llamarlos. ¿Llamo?

PRIMERO.—Sí. Llama.

SEGUNDO.—¿Llamo, padre? (Gesto de “me da lo mismo” de Tercero) Ni hacia acá, ni hacia allá, sino hacia acá, el justo medio. (Grita) ¡Federavolucionarios! ¡Aquí! ¡Vengan todos, cualquiera! (Tose) Dame un trago. Tengo una idea mejor. Cantemos. Una canción de los federales y otra de los revolucionarios. Y cuidado, poner el mismo entusiasmo en las dos canciones. El que desafine se muere. Es muy importante esto de cantar canciones, por lo visto. Venga, Dios, hágase usted más al fuego. Tú, tú también, vente para acá, vamos a cantar, como querías.

PRIMERO.—Sí. Ellos la oirán. Creerán que son los muertos los que cantan.

SEGUNDO.—Que sean dos canciones bonitas, conocidas. Por ejemplo.. Caray, hay tantas. Por ejemplo, Adelita y Valentina. Adelita y Valentina, las dos hermanas enemigas. Cara, Adelita, cruz, Valentina. No. Me pueden ver la moneda. Esta piedra. La cara la mojamós, así. (La moja con la lengua. Tira) Adela. Ganó Adela. Lo cual no significa nada, claro. Bueno, los tres a la vez. Uno, dos, y tres.

PRIMERO y SEGUNDO.—

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer...

SEGUNDO.—Venga, venga, padre. No nos haga pensar que no la sabe. Comencemos de nuevo.

PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO.—

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
Si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de rosa
pa' llevarla a bailar al cuartel.
Si Adelita se fuera con otro
la perseguiría por tierra y por mar,
si por mar, en un buque de guerra,
si por tierra, en un tren militar.
Etc...

(Gritos. Se entusiasman, toman aguardiente. El que más toma, cambia y se alegra es Tercero)

SEGUNDO.—(A Tercero) Buen grito, compadre. (Risa sana)
¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—¡Hemos llegado! ¿Ven? Aquí, ahora sí se puede reír. Esta sí es una risa sana. Ríase usted también, padre. (Efecto contrario. Tercero retira su risa incipiente) Mire, como yo. ¡Ja, ja, ja!

TERCERO.—(Poco a poco, por burla al principio, pero de pura salud después, comienza a reír estrepitosamente uniéndose a Primero y Segundo, que también ríen) ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—¿Ven? ¿Ven? (A Segundo) Ahora dí: Piedra.

SEGUNDO.—¿Piedra? ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—(A Tercero) Y usted, diga... (Busca a su alrededor): Fuego.

TERCERO.—¡Fuego! ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—¡Piedra! ¡Fuego! ¡Hierba! ¡Manos! ¡Es la primera vez que estamos aludiendo a las cosas mismas! Estamos frente a ellas, con el corazón puro. Nos esperaban. No, ya no nos esperaban, nos daban por perdidos. (A la Naturaleza) ¡Hemos regresado! ¡Hemos regresado! Nunca hubieran creído que pudiéramos elevarnos, ¿verdad?

SEGUNDO y TERCERO.—¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Digan: Te quiero.

SEGUNDO y TERCERO.—¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Digan: Te quiero. O: Tengo frío. (A Segundo) Dí: Tengo frío.

SEGUNDO.—Déjate de tonterías. Vamos a cantar la otra canción. Siéntate.

PRIMERO.—No. Díganlo. Ahora. Quiero que las cosas sepan que podemos hacerlo. Que no nos hemos perdido. Es aquí donde están las cosas. No en lo profundo, en lo alto. (Amenazante) ¡Díganlo! (Segundo y Tercero se ponen serios. Transición) ¿Ven? Ya no. Bajamos. Pesamos mucho todavía. (Se sienta)

SEGUNDO.—Venga, vamos, la hermana.

PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO.—

Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir
que una pasión me domina
y es la que me ha hecho venir.
Si porque tomo tequila
mañana tomo jerez,
si porque me ves borracho
mañana ya no me ves,
Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.
Etc...

(Gritos)

PRIMERO.—(Acostado en el suelo boca arriba con los brazos abiertos) ¡Otra vez, otra vez nos elevamos! ¡Vamos subiendo!

(A todo esto, se han acabado la primera botella. Tercero le pide la suya a Primero, y éste se la pasa por medio de Segundo. Pero Segundo, haciendo un gesto que quiere decir: "No, porque se va a emborrachar", la tira un poco lejos de Tercero. Tercero va a buscarla descuidando su rifle por primera vez. Segundo se tira encima del rifle, encañona a los dos con su pistola y lanza un grito triunfal)

SEGUNDO.—¡Jaque! ¡No, tampoco se puede cantar! ¡Cantar, reír, eso es lo que no se puede hacer nunca, de ningún modo! ¡Ja, ja, ja! Las cosas estarán allá arriba, maestro, pero yo estoy aquí abajo. Dese la vuelta, Dios, voy a matarlo. Péguese al maestro. Yo fui el que mató a su hijo. Estoy seguro. Yo me le comí los ojos. (A Primero) Tú, saca tu pistola y tíramela. No, dale la vuelta a la cartuchera. Así. Ahora empújala con el pie. Eso es. Date la vuelta también.

PRIMERO.—Eres el único perverso de los tres. Miserable. Eres el único malo que existe.

SEGUNDO.—¿Yo, malo? ¡Ja, ja, ja! Tú te crees muy bueno...

PRIMERO.—Yo te iba a perdonar cuando comenzaste a hablar. Yo te iba a perdonar. Y éste vino aquí para

salvarme la vida. Tú eres el único culpable. Mátanos. Estarás solo aquí abajo.

SEGUNDO.—¡Pues sabe que yo no te iba a matar cuando me encontró éste! ¡Huía! ¡Yo te había perdonado! ¡Iba en ese momento a pegar la carrera! ¡No te quería matar! ¡Huía! Pero el padre me puso su rifle en la nuca. Ustedes me han obligado. ¡Soy bueno! Quise serlo. Ustedes son más culpables que yo, porque me obligaron a esto, me empujaron, me trajeron con un rifle a la espalda. Y aún ahora me están apretando el dedo, y yo no quiero.

PRIMERO.—¡¿También tú eres inocente?! ¡Yo lo sabía! (Se cubre la cara de alegría) Todos lo somos. ¿Quién es el culpable entonces, si todos somos inocentes, si todos perdonamos? ¿Quién? ¡¿Quién?!

SEGUNDO.—¡Ustedes mismos, porque si no los mato me matarán ustedes!

PRIMERO.—No.

SEGUNDO.—No mientas, justo. ¿No es verdad, padre? ¿Dios, no es verdad que si no te mato me matarás tú a mí?

TERCERO.—(Tranquilo) Sí.

SEGUNDO.—¿Ves? ¡Me empujan el dedo! (Tiembla, como al principio) ¡No soy yo, son ustedes los que aprietan el gatillo! ¡Yo no quiero! (Dispara. Hierne a Tercero) ¡Yo no quiero! (Vuelve a disparar. Tercero cae muerto)

PRIMERO.—Pudiste. Lo mataste.

SEGUNDO.—Adiós, Dios.

PRIMERO.—Sin ni siquiera saber quién era.

SEGUNDO.—¿No decía que era Dios? De aquí no sale vivo ni Dios. Ni el Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo. Ahora te toca a ti. Es el vivo, el vivo es el que siempre gana, el inteligente.

PRIMERO.—No has ganado, has perdido, pobre.

SEGUNDO.—¡Ja, ja, ja! A ti te voy a dejar rezar, como me dejaste a mí. Anda, reza, elévate con esas alas cómodas y limpias de la religión.

PRIMERO.—(Se arrodilla, las manos juntas, con honda devoción) Padre nuestro, que estás en los cielos..., (Alza los ojos) allá arriba, tan alto... (Baja los ojos para ver a Tercero) Y tú aquí, sin nombre, nadie sabrá ni que moriste. ¿Quién eras tú, pobre criatura? Ridículo, deslucido, casi sin ser, sin nada. ¿Qué es lo que querías? (Transición) En el corazón. Ojalá tengas la misma puntería conmigo.

SEGUNDO.—La tendré, te lo prometo. Tengo el pulso firme, seguro. (Le está temblando)

PRIMERO.—Sus papeles. Fotos. Este debe ser Jacinto. Y éste el niño. ¿Quieres que te diga a qué bando pertenecía? (Mira un papel y se sonríe)

SEGUNDO.—¿A cuál? No, déjalo. No me lo digas. Así pensaré siempre que maté por patriotismo. ¡Anda, reza!

PRIMERO.—(Transición. Se levanta. Es un grito que expresa una decisión repentina pero firme) ¡No! (Dulce) ¡Oyeme...! (Va a volverse)

SEGUNDO.—¡No te vuelvas! ¡Reza!

PRIMERO.—No.

SEGUNDO.—No te vuelvas.

PRIMERO.—Tú no eres malo. También tú perdonaste. (Ve a Tercero) Se te salió el tiro. No quisiste matarlo. Fue un accidente. Tiene que haber sido.

SEGUNDO.—¿Un accidente? Pues ahora va a haber otro.

PRIMERO.—Yo creo en ti.

SEGUNDO.—¿Crees en mí? Aguarda entonces. (Apunta, tiembla de nuevo) ¡Reza!

PRIMERO.—No. Tendría que pedir que te condenes, y a ti te quiero más. Prefiero tu bando. Prefiero ser de tu bando. Quiero acompañarte aquí abajo, o más abajo aún, en el infierno mismo. Porque tú eres bueno, y solamente yo lo sé.

SEGUNDO.—No, no lo soy. Lo fui. Ustedes me perdieron. Ustedes me pusieron un rifle en la nuca y me obligaron a ser malo. Todos ustedes. ¿Quieres que te cuente una cosa, lo que vi esta mañana?

PRIMERO.—No. Yo estaba ahí. Yo también lo he visto.

SEGUNDO.—Entonces comprendes que no ha habido ningún accidente, y que ahora te voy a matar a ti.

PRIMERO.—Comprendo. Todos quisimos ayudarnos y no pudimos. Todos quisimos perdonarnos y no pudimos. Ese razonamiento tuyo era falso, artificial. Sonaba hueco. No era el miedo el que nos impedía matarnos, era el amor. Pero no pudimos. Yo creo en ti. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles todavía.

SEGUNDO.—¡No quiero que nadie crea en mí! (Transición)
Dime, ¿de qué bando eres? Quiero... perdonarte otra vez.

PRIMERO.—¿Que de qué bando soy? Soy desertor.

SEGUNDO.—¡No mientas! ¿De qué bando eres? Dispararé como no me lo digas.

PRIMERO.—No miento. Desertaba. Soy desertor. Había fracasado.

SEGUNDO.—¡Bueno! ¡Mejor! Así seré patriota aunque seas de mi bando. Nosotros matamos a los desertores.

PRIMERO.—Nosotros también.

SEGUNDO.—(Suplicante) ¡Por favor! Dime, ¿de qué bando eres? Te perdonaré si eres del mío, aunque seas desertor. ¡Quiero perdonarte!

PRIMERO.—Pero yo quiero morir. Dispara, patriota.

SEGUNDO.—¿Ves? ¿Ves? ¡No me amas! ¡No me amas!

PRIMERO.—Sí. Pero ya no quiero cambiar. Quiero quererte ya para toda la vida. Quiero creer en ti ya para siempre. Pueden suceder cosas... Puedo no ser de tu bando, podemos pensar... Mientras que así, ahora... Dispara. Clávame en este momento. Ahora soy feliz.

SEGUNDO.—¡Muérete, entonces, hijueputa! (Dispara) Conque crees en mí, ¿verdad?

PRIMERO.—(Cayendo) ¡Sí!

SEGUNDO.—(Dispara) ¡Y ahora, ¿crees en mí?!

PRIMERO.—(Moribundo) ¡Sí!

SEGUNDO.—(Dispara) ¡¿Y ahora?! (Se acerca a él. Transición) ¿Estás muerto? ¿De veras? (Transición) ¡Y a mí qué me importa! Ustedes son los responsables. Querías conmoverme, ¿no es eso? Sí. Querías conmoverme. ¡Qué me importa el hijo de éste! ¿Y crees que yo no tengo hijos? (Llora) ¿Quién te creíste que era yo? ¿Por qué no me dejaron huir? ¿Por qué no me dejaron huir? (Transición) ¿Estás muerto? ¿Pablo? (Transición) ¡Pues cierra los ojos entonces! Los muertos tienen que tener los ojos cerrados. Ya no les pertenece ver. ¿Por qué me miras? ¡El mundo es mío! (Aprieta el gatillo pero ya no tiene bala. Tira la pistola y con el rifle le da un culatazo salvaje en la cara) ¡Vete! ¡Cierra los ojos! (Transición) No hay que hacer bulla. Tengo que irme de aquí, regresar a mi campamento. Hay que apagar el fuego, lo pueden ver. (Lo apaga) Tengo frío. ¡Tengo frío!

(Un rayo de luz lo ilumina. Se vuelve a defenderse con el rifle pero cae sobre él una lluvia de balas que se prolonga y prolonga desmesuradamente)

VOZ EN LO OSCURO.—Basta. Ese ya no sirve ni para colador.

(Es evidente que se acercan, porque el rayo de luz se intensifica disminuyendo el área que ilumina que sólo abarca ahora al de los tres caídos)

OTRA VOZ.—(Acercándose) Ese es el que se ha de haber cargado a los otros dos. Mírelos cómo están, mi capitán. Parecen novios. ¿De qué bando serán estos?

PRIMERA VOZ.—¿Qué más da! Da la voz de adelante. Apaguen eso. (Apagan)

SEGUNDA VOZ.—¡Adelante!

OTRA VOZ.—(Más lejana) ¡Adelante!

OTRA.—(Lejísima ya) ¡Adelante!

(Comienza a caer el telón lentamente)

OTRA.—(Tan lejana como la anterior pero desde otra dirección, desde detrás del público) ¡Adelante!

OTRA.—(Más cercana. Desde detrás del público) ¡Adelante!

OTRA.—(Más cercana. Lo mismo) ¡Adelante!

OTRA.—(En uno de los pasillos fuera del salón) ¡Adelante!

OTRA.—(En la entrada misma del salón) ¡Adelante!

(Ruidos de pasos por todas partes. De millones y millones de pasos. El telón ha caído ya. Luces)